

Hugo Oddone

Las otras caras de la pobreza







Las otras caras de la pobreza

Hugo Oddone *

La pobreza no es meramente un estado de carencia o privación padecido por algunos segmentos de una sociedad que comparte de manera homogénea una cultura común, como tiende a entenderse con las metodologías de estudio de base estadística, sino la expresión de una dicotomía cultural que resulta de procesos históricos de diferenciación social, estructuralmente consolidados. Desde el punto



de vista antropológico, la pobreza es una cultura o subcultura dentro de una cultura nacional más amplia, entendida como forma o patrón de vida que pasa de generación en generación, y que “tiene sus propias modalidades y consecuencias distintivas sociales y psicológicas para sus miembros”.

En 1995, la Dirección General de Estadística, Encuestas y Censos (DGEEC) inició la serie de estudios sistemáticos sobre la situación de pobreza en el Paraguay, a través del empleo del método de medición de las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), publicando el primer Atlas con “mapas y gráficos [provenientes de datos del Censo Nacional de Población y Viviendas de 1992], que permiten identificar con precisión las áreas geográficas en las que se deberían focalizar las distintas acciones de inversión social”¹.

Desde entonces se ha recorrido un intenso camino de producción estadística e innovación metodológica sobre el problema de la pobreza en el país. Sin abandonar el método de las NBI, basado en la información censal, se comenzó a aplicar el método de la “línea de pobreza”, que utiliza datos de las encuestas de hogares anualmente levantadas por la DGEEC.

En el método de “línea de pobreza” se definen como pobres “los que viven en hogares cuyo ingreso o consumo per cápita es inferior al costo de una Canasta Básica de Consumo”, mientras que las NBI permiten identificar proporciones de la población “que no llegan a un nivel mínimo de satisfacción de algunos aspectos básicos relacionados con las condiciones de la vivienda, educación, salud, etc.”². El primer método deriva en recomendaciones de políticas de empleo, salariales y de generación de ingresos, en tanto que el segundo permite plantear “acciones específicas como créditos para vivienda, servicios de agua y eliminación de excretas, educación y otras similares”³.

* Asesor en Población y Estrategias de Desarrollo del Fondo de Población de las Naciones Unidas. Ex Representante Asistente del UNFPA en Paraguay.

1 DGEEC: Necesidades Básicas Insatisfechas, Atlas Paraguay 1995, DGEEC, FNUAP/PNUD, Asunción, 1995.

2 DGEEC: IBF, Indicadores Básicos para Focalizar el Gasto Social en Paraguay, DGEEC, BID, Banco Mundial, Asunción, sin fecha.

3 Ibídem

Sin embargo, dado el carácter esporádico de los censos de población, que en el país se levantan cada diez años, frente a la aplicación anual de las encuestas de hogares, el método de la línea de pobreza se ha venido imponiendo, al menos en los últimos años.

Ventajas, desventajas y combinaciones

No es casual que el estudio de pobreza basado en las NBI se iniciara con la publicación de un atlas con información desagregada por departamentos y distritos. El carácter universal de los censos y su amplitud de cobertura permite este nivel de detalle geográficamente referenciado que, en principio, no es posible lograr con las encuestas de hogares basadas en un marco muestral, que no siempre permite abrir la información a nivel de unidades político administrativas menores.

Así lo ha reconocido la DGEEC al señalar que “desde el punto de vista de la focalización del gasto social [...] solo se ha tenido información proveniente de un método de medición [el de las NBI], lo cual ha impedido la posibilidad de tener una visión más amplia del carácter multidimensional de la pobreza y, en consecuencia, de definir políticas sociales más eficientes”⁴.

Con el propósito de superar esta limitación, y basándose en técnicas econométricas e instrumentos analíticos desarrollados por expertos internacionales⁵, la DGEEC llevó a cabo una combinación de los datos de la Encuesta Integrada de Hogares de 1997/98 y del Censo de Población de 1992, estableciendo a nivel de departamentos y distritos “el ingreso y el consumo fami-

liar promedio y el porcentaje de la población que no logra adquirir una Canasta Básica de Consumo”⁶. Obtuvo así un mapa de pobreza por unidades político administrativas del país, que permitió elaborar una propuesta de asignación focalizada de recursos para un programa social de reducción de la pobreza⁷.

Estudios más recientes vienen dando especial énfasis al concepto de vulnerabilidad, en particular –pero no en forma exclusiva– en el ámbito de la CEPAL. “La vulnerabilidad social ha sido definida como la escasa capacidad de respuesta individual o grupal ante riesgos y contingencias y también como la predisposición a la caída del nivel de bienestar, derivada de una configuración de atributos negativa a lograr retornos materiales y simbólicos”⁸.

El concepto de vulnerabilidad –según esta interpretación– aporta sobre todo una gran “capacidad de explicar los caminos que conducen a la pobreza, o más propiamente al empobrecimiento”. En este enfoque, los estudios de la pobreza han incorporado o privilegiado, más que el individuo, la familia como unidad de análisis, la estratificación social como marco de referencia y la problemática de los valores y la cultura, en relación con los cambios en los patrones de conducta⁹.

Dimensión desconocida

Significativamente, ya en los años sesenta, el antropólogo Oscar Lewis había abordado el estudio de lo que denominó la “antropología de la pobreza”, basado en métodos de investigación hoy denominados cualitativos y que han sido

4 Ibídem.

5 Hentschel, J. y otros: Combining census and survey data to study spatial dimensions of poverty, a case study of Ecuador”, Banco Mundial, Julio de 1999, en DGEEC, IBF, op.cit.

6 DGEEC: IBF, Indicadores Básicos para Focalizar el Gasto Social en Paraguay, DGEEC-BID-BM, Asunción, marzo 2000.

7 Ibídem.

8 Filguera, C., Peri, A.: América Latina: los rostros de la pobreza y sus causas determinantes, Proyecto Regional de Población CELADE.

– División de Población UNFPA

– CEPAL, Serie población y desarrollo, Santiago de Chile, junio 2004.

9 Ibídem.

herramientas tradicionales de las ciencias antropológicas, proponiendo una antropología dedicada al estudio de la “cultura de la pobreza”.

La antropología de la pobreza propone un cambio, o al menos una opción diferente, a los estudios de la cultura¹⁰. “Tradicionalmente –dice Lewis– los antropólogos han sido estudiantes y voceros de los grupos primitivos y analfabetos que viven en remotos rincones del mundo y quienes tienen una influencia pequeña sobre nuestra civilización”, mientras hoy se plantea a la antropología “una nueva función en el mundo moderno: servir como estudiantes y relatores de la gran masa de campesinos y habitantes urbanos de los países subdesarrollados, que constituyen casi el ochenta por ciento de la población del mundo”¹¹.

En este enfoque antropológico, la pobreza “sugiere antagonismos de clases, problemas sociales y necesidades de cambios [y] frecuentemente es interpretada en esta forma por los mismos sujetos de estudio. La pobreza viene a ser el factor dinámico que afecta la participación en la esfera de la cultura nacional creando una subcultura en sí misma”¹². En un sentido parecido, el concepto fue desarrollado posteriormente por investigadores latinoamericanos como Darcy Ribeiro quien, en un estudio sobre el proceso de formación de los pueblos de nuestro continente y sus condiciones de atraso, sostiene que éstos fueron históricamente sometidos por el régimen colonial a una marginación del sistema productivo y sumergidos en una “cultura de la pobreza”¹³.

Así vista, la pobreza no es meramente un estado de carencia o privación de ingresos monetarios y bienes de consumo, o de falta de acceso a servicios, padecido por algunos segmentos de una sociedad que comparte de manera homogénea una cultura común, como tiende a entenderse con las metodologías de estudio de base estadística, sean ellas las NBI o la línea de pobreza, sino la expresión de una dicotomía cultural que resulta de procesos históricos de diferenciación social estructuralmente consolidados.

Desde el punto de vista antropológico, la pobreza es una cultura o subcultura dentro de una cultura nacional más amplia, entendida como forma o patrón de vida que pasa de generación en generación y que “tiene sus propias modalidades y consecuencias distintivas sociales y psicológicas para sus miembros [y que se manifiestan] en la estructura familiar; en la naturaleza de los lazos de parentesco; en la calidad de las relaciones esposa-esposo y padres-hijos; en la ocupación del tiempo; en los patrones de consumo; en los sistemas de valor y en el sentido de comunidad encontrado en las clases bajas” de cualquier ciudad, barrio o comunidad de América Latina o del mundo, aún del llamado Primer Mundo¹⁴.

Esta dimensión cultural de la pobreza no está presente habitualmente en los estudios sociodemográficos del Paraguay¹⁵. Si bien es verdad que los instrumentos con que se recoge este tipo de información son antropológicos, y no estadísticos, ello no implica que no puedan ser abordados sociodemográficamente. La antropología de la po-

10 Se entiende aquí la cultura como “la configuración de la conducta aprendida y de los resultados de la conducta, cuyos elementos [materiales e inmateriales] comparten y transmiten los miembros de una sociedad”, en la clásica definición de Linton (Véase: Linton, Ralph: *Cultura y personalidad*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1960).

11 Lewis, Oscar: *Antropología de la pobreza - cinco familias*, 4ª. Edición, Fondo de Cultura Económica, México, Buenos Aires, 1964.

12 *Ibidem*.

13 Ribeiro, Darcy: *Las Américas y la civilización*, Centro Editor de América Latina, 1973.

14 Lewis, ob. cit.

15 Ello, pese a opinión calificada como la de Álvaro Vieira Pinto, quien sostiene que la demografía debería formar parte de la antropología y denominarse antropología demográfica. Véase Vieira Pinto, Álvaro: *El pensamiento crítico en demografía*, CELADE, Santiago de Chile, 1973.

breza de Lewis, desarrollada sobre la base de entrevistas en profundidad a familias¹⁶, y emulada posteriormente por diferentes antropólogos, es una invitación a avanzar en esta dirección.

Variaciones antropológicas

Tomando en consideración aquellas modalidades peculiares de la pobreza señaladas por Lewis, la investigación antropológica debería incursionar en aspectos hasta ahora poco estudiados de la vida de los pobres, como su acceso a la información, la ciencia, la tecnología y formas de expresión del espíritu, como el arte y la literatura; su participación en organizaciones y redes políticas, sociales, religiosas, deportivas y culturales; su acceso a formas escolarizadas y no escolarizadas de educación general, incluyendo alfabetización y educación cívica y ciudadana; su disponibilidad de servicios de salud y seguridad social; su acceso a los mecanismos formales de funcionamiento de la justicia y otras instituciones del estado central y descentralizado (ministerios y secretarías, municipios y diferentes dependencias de los entes públicos).

Algunos elementos de la cultura material también podrían ser reveladores. Así, el origen, composición, calidad y valor del vestuario, muebles, equipamiento y utensilios domésticos, no menos que ciertos rasgos de la conducta pública y privada como la crianza de los hijos, la violencia, el machismo, la prostitución, el consumo de alcohol u otro tipo de drogas, la solidaridad intra y extrafamiliar, etcétera. Muy particularmente deberían considerarse los niveles de diferenciación social, étnica y de género que se perciben entre los mismos pobres.

Entretanto, dadas las dificultades y el mucho tiempo que insume una investigación antropológica, y considerando que los censos y encuestas de hogares pasan por complejas etapas de recolección de la información en terreno, cuyos resultados ya están disponibles, ¿por qué no en-

carar con enfoques cualitativos los resultados cuantitativos de esos costosos operativos de campo ya realizados, mientras no sea posible llevar a cabo los propios estudios antropológicos de campo? Esta incursión metodológica en el análisis de la información estadística podría servir, al menos, para trazar líneas orientadoras de un programa de investigación y posteriores trabajos de campo con un marco conceptual bien estructurado, sobre la base de la información secundaria.

Frente a los estudios en terreno, donde la antropología ha desarrollado históricamente un poderoso arsenal de métodos cualitativos (como la observación simple y la observación participante, la entrevista con sus diversas modalidades, la técnica del informante clave, las historias de vida, etcétera), que podrían servir de excelente complemento a la información cuantitativa de censos y encuestas, tal vez sea pertinente proponer también un abordaje cualitativo de la información cuantitativa que estos últimos proporcionan.

Esta propuesta podría encaminarse, por una parte, a través de la incorporación en las encuestas de hogares de determinados módulos de indagación de algunos de los rasgos que configuran la cultura de la pobreza¹⁷, así como también por medio de la incursión analítica, con enfoque antropológico, de determinadas variables y cruces de variables que es posible obtener de los censos y encuestas.

En otras palabras, sin dejar de lado los análisis estadísticos basados en los métodos de las NBI y de la línea de pobreza, que buscan “medir” la pobreza para “focalizar” el gasto o la inversión social, y antes bien, aprovechándolos, se trata de avanzar en el estudio de las diversas facetas y modalidades de la pobreza, observando con mayor atención aquellos factores que actúan para configurarla como fenómeno cultural.

En esta línea, más que de focalizar el gasto del presupuesto de la nación en áreas geográficas y grupos pobres, de lo que se trata es de estable-

16 Véanse también de Oscar Lewis: “Pedro Martínez: Un campesino mexicano y su familia”, Editorial Mortiz, México 1964 y “Los hijos de Sánchez - Autobiografía de una familia mexicana”, Editorial Mortiz, México 1966.

17 En su obra “Los hijos de Sánchez”, Lewis identifica más de cincuenta de estos rasgos.

cer y desarrollar una política de reintegración social que elimine la exclusión de un vasto sector de la sociedad, y que estatuya el principio de equidad como fundamento de la construcción de la cultura paraguaya.

Dicho de otro modo, más que de medir la pobreza, se trataría de comprenderla y explicarla a través del estudio de los patrones de vida de quienes son sus portadores, intentando aportar hipótesis que permitan construir propuestas programáticas orientadas a erradicar la falta de equidad social implícita en la diferenciación social subyacente entre una cultura nacional y una subcultura marginal.

Aunque, por cierto, lo de la “marginalidad” de la subcultura de la pobreza es un concepto relativo desde que, de manera creciente, ésta se va convirtiendo en el modo de vida de casi la mitad de los habitantes del país, al punto que casi podría hablarse ya de dos culturas nacionales, la de los pobres y la de los no pobres.

Algunas variables para el análisis cultural

Si bien la recolección de información a través de la investigación antropológica permitiría disponer de un amplio espectro de variables a ser estudiadas, las que provienen de censos y encuestas imponen por ahora al enfoque antropológico evidentes limitaciones que, como se ha planteado más arriba, solamente podrían sortearse a través de cruces de variables y tabulaciones especiales.

Sin embargo, ante el carácter preliminar de esta propuesta y la necesidad de ajustarla a las exigencias editoriales de la presente publicación, en este caso solamente se hará una breve referencia a dos variables del Censo de Población de 2002, que se constituyen en importantes fuentes de información para la profundización del análisis antropológico.

Elas son la niñez trabajadora y la identidad de las personas, dos rasgos de la cultura de la pobreza, característicos del enfoque planteado por Lewis hace ya cuarenta años.

La niñez, juguete de la economía

No cabe duda de que la inclusión de casi 650.000 niños y niñas de 10 a 14 años de edad en la categoría “población en edad de trabajar”, representa un síntoma poderoso de la subcultura de la pobreza en el Paraguay. Calificar a este segmento de la población como parte de la “mano de obra disponible para la realización de alguna actividad económica”¹⁸, constituye una constatación explícita de la pobreza que azota no solamente a la sociedad paraguaya, sino a su misma economía.

Pero más que la existencia de esta variable en el Censo, es la realidad de los/as casi 62.000 niños/as (aproximadamente 10% de toda la niñez de 10 a 14 años de edad) participando efectivamente en la actividad económica, de los cuales alrededor de 59.000 se clasifican como “ocupados”, lo que constituye una de las otras caras de la pobreza en el país.

Y esto es así no solamente porque esa niñez esté trabajando, y lo hace evidentemente por las necesidades que le impone ser parte de la subcultura de la pobreza, sino también por el hecho de que la economía la considera “disponible” y recurre a ella para la actividad productiva, lo que refleja el nivel de pobreza de la propia organización económica, que no logra satisfacer las necesidades de la población total con el empleo de las personas adultas, viéndose obligadas una parte de éstas a hacer trabajar a su propios hijos e hijas.

En otras palabras, la cultura de la pobreza, en tanto configuración estructural de conductas aprendidas y de los resultados de esas conduc-

18 Véase Anexo en DGEEC: Paraguay - Resultados finales - Censo Nacional de Población y Viviendas - Año 2002 - Total País, Fernando de la Mora, agosto de 2004.

tas cuyos elementos comparten y se transmiten las generaciones entre sí, expone como dato concreto de su descarnada realidad un alto número de niños y niñas que no están en el seno de sus hogares, ni en las instituciones educativas o recreativas, sino en el mercado de trabajo “trabajando”, o intentando trabajar en las pobres condiciones en que pueden hacerlo personas menores de edad, con baja calificación y escasa capacidad productiva.

Es también la forma como la pobreza se mantiene y transmite en el tiempo, llegando inclusive a agravarse. Tal es el caso de los/as niños/as de 10 y 11 años de edad, cuya tasa de actividad pasó de 2,7%, en 1992, a 4,6%, en 2002, habiéndose duplicado el número de menores de esas edades que componen la Población Económicamente Activa (en 1992 llegaban a 6.153 y en 2002 alcanzan 12.219).^{*} Es obvio que los 62.000 niños y niñas prematuramente obligados a trabajar en 2002, se irán convirtiendo, en pocos años, en jóvenes y adultos con mínimo nivel de educación y seguramente en precarias condiciones de alimentación y salud, pugnando por mantenerse en un mercado de trabajo que, así también, mantendrá su baja calidad y eficiencia para responder a los requerimientos de desarrollo de su población.

A partir de estos datos, el enfoque antropológico debería profundizar en el análisis de variables tales como: composición por sexo y por ámbito urbano y rural de este segmento de la PEA, su ocupación principal y rama de actividad, su nivel educativo y condición de escolaridad, así como otras relacionadas con la organización de los hogares y, sobre todo, avanzar en el estudio comparativo de esta niñez con aquella otra que, por el contrario, forma parte de la población que no está trabajando ni busca empleo y que a esta edad sería clasificada como “estudiante”, todo lo cual revelaría otras facetas de esta cara de la pobreza y permitiría contrastar las diferentes formas de vida entre la cultura nacional y su enquistada subcultura de la pobreza.

Desconocidos de siempre

En la cultura de la pobreza del Paraguay no solamente se carece de ingresos y de bienes de consumo: se carece de identidad y, por tanto, de existencia jurídica y legal lo que, en una sociedad organizada, equivale a no existir. Más de 200.000 personas viven en esta situación de falta de identidad, al no hallarse anotadas en el Registro Civil. Todavía hay 9.000 personas que “no saben” si están registradas y más de 50.000 que “no informan”, quizás porque tampoco lo saben, lo que puede elevar la cifra de personas inexistentes a más de 260.000.

Casi 180.000 de ellas (como el 70%), corresponden a los grupos de edades de hasta 14 años, 12.000 de las cuales están comprendidas entre los 10 y 14 años y quizás incluidas en la categoría anterior de “personas en edad de trabajar”. Más que niños, éstos serían como fantasmas en un segmento fantasmagórico del mercado laboral.

No menos grave es la situación de las personas que no poseen cédula de identidad y que, en total, superan las 1.435.000 a las que habría que agregar más de 112.000 que no informan de su situación, probablemente porque tampoco están documentadas, lo que elevaría la cifra a casi 1.550.000 personas de todas las edades.

Más de 1.220.000 de los indocumentados también son menores de 14 años, vale decir niños y niñas que no se sabe cómo se documentan en las escuelas, si es que asisten a ellas. En todo caso, si son inscriptos en las instituciones educativas sin documentos de identidad, ello refleja de nuevo “una configuración de conducta aprendida y de los resultados de la misma, cuyos elementos (materiales e inmateriales) se transmiten los miembros de una sociedad”. En otras palabras, rasgos personales e institucionales de una conducta propia de la cultura de la pobreza que azota a las personas, pero en este caso también a las instituciones del país, y que –si no se modifica– irá pasando de una generación a otra para seguir pre-

* Visto de otra manera, mientras la tasa de actividad total crecía apenas en poco más de 7% entre 1992 y 2002 (pasando de 47,4% a 50,9%), la tasa de actividad específica del grupo de 10 y 11 años se multiplicaba en algo más de 70%, en el mismo período.

sentando otra cara poco visible, pero no menos dramática, de la pobreza en el Paraguay.

Conclusiones

La generalizada extensión de las bajas condiciones de vida en que se desenvuelven sectores cada vez más vastos de nuestra sociedad, constituye un escenario desafiante para incursionar no solamente en el mejoramiento de los métodos de medición de la pobreza, sino también en el estudio y comprensión del fenómeno en sus aspectos más complejos, como requisito para la adecuada definición de políticas de equidad y desarrollo social.

En ese orden, es importante reconocer que la dimensión de la pobreza no se mide solamente por el número de personas que se encuentran por debajo de la línea de ingreso/consumo, o que padecen de ciertos niveles de NBI, o que se manifiestan vulnerables a determinados riesgos en la sociedad moderna y en la economía globalizada.

Como se acaba de ver, la pobreza, en tanto subcultura que subyace en la vida misma de la sociedad y la cultura paraguaya, afecta inclusive a las propias instituciones, que se revelan incapaces de funcionar eficientemente, de modo que la economía emplea a menores en edad escolar, las oficinas del Registro Civil y de la Policía Nacional no logran registrar y documentar a casi un tercio de la población y las escuelas inscriben a niños indocumentados.

Los pobres (y las instituciones también) comparten, conviene repetirlo, una configuración de

conducta aprendida y de resultados de la misma que, en forma de elementos materiales e inmateriales, se van transmitiendo a través del tiempo entre las generaciones, con riesgo de perpetuarse. Esta configuración constituye una cultura total, aunque subalterna –por ahora–, en el marco de la cultura nacional.

Pese a ello, no debe entenderse el concepto de subcultura de la pobreza en un sentido peyorativo puesto que en ella, como en toda cultura, existen aspectos positivos que permiten desplegar mecanismos de defensa que hacen posible sobrevivir a los pobres, y sin los cuales ellos difícilmente podrían seguir existiendo.

Estos aspectos positivos se constituyen en instrumentos que deben ser tomados en cuenta al diseñar políticas sociales que, más que “eliminar” o “reducir” la pobreza en términos culturales, deberían tender a reducir la desigualdad económica y eliminar la injusticia social.

Al decir de Oscar Lewis “el concepto de una subcultura de la pobreza inserta en la cultura general, [sugiere también] que la eliminación de la pobreza física *per se*, puede no bastar para eliminar la cultura de la pobreza que es todo un modo de vida. Es posible hablar de borrar la pobreza, pero borrar una cultura o una subcultura es algo muy distinto porque plantea la cuestión básica del respeto a las diferencias culturales”¹⁹. La forma como la pobreza se extiende y generaliza cada vez más en la sociedad, las instituciones y la propia cultura paraguaya, indica la conveniencia de asumirla en esta dimensión antropológica.

19 Lewis, O.: Los hijos de Sánchez, ob.cit.